



EXPLICACIÓN DEL EVANGELIO DE LOS TALENTOS. (CONTINUACIÓN).

Del modo como debemos emplear nuestro corazón.

Madre María Eugenia, Domingo, 31 de octubre, 1880

Queridas Hermanas:

Al explicarles el Evangelio de los cinco talentos, les he hablado de las tres potencias que se nos han dado: la voluntad, la memoria, la inteligencia; sin embargo, en mi explicación he considerado por separado el corazón y la voluntad, ya que la voluntad se la mira en general como procedente del corazón, porque en nosotras mujeres, es una facultad tan rica, tan importante, que es necesario que apreciemos la cuenta que de ello debemos dar a Dios. Hablemos pues hoy del corazón. ¿Cómo hemos empleado nuestro corazón? Esta es la pregunta que primero debemos hacernos; porque llegará un día en el que Dios nos preguntará cuales son los frutos, los intereses producidos por los talentos que Él nos había dado; llegará un día en el tendremos que dar cuenta de cómo habremos empleado esta magnífica facultad que es el corazón. ¿Lo habremos purificado, embellecido? ¿lo habremos hecho digno de Dios? El corazón de Nuestro Señor Jesucristo, el corazón inmaculado y sin mancha de la Santísima Virgen son los modelos sobre los que debemos formar nuestro corazón, sobre todo el corazón de María, porque es el corazón de una sencilla criatura. La primera cualidad que debe tener el corazón es la pureza, y, todos los días de la vida, hay que trabajar para adquirir esta pureza; porque no hay que creer que un corazón puro sea solamente el que está apartado de todo pecado contra el sexto mandamiento, es un corazón que no tiene mancilla ninguna, ningún afecto y ningún apego a la menor cosa que pueda ofender a Dios. San Agustín dice en algún sitio, que el orgullo mancilla el corazón de una virgen, tanto como el pecado que no podemos nombrar aquí entre nosotras. El orgullo, dice, prepara a la virgen para que caiga y mancille su corazón. Sigán todos los pecados capitales: el corazón no está puro, si queda algo en nosotras, si mantenemos algún vínculo, alguna costumbre que no es según el orden de Dios, alguna cosa de la que no nos desprendemos y que no responde a la grandeza del don que Nuestro Señor nos hace, cuando viene a nosotras en la santa comunión. El corazón de Dios se une a nosotras en este sacramento de amor; y, para que nuestro corazón sea digno de Él, es preciso que, todos los días de la vida, trabajemos en purificarle; porque hemos nacido en pecado y hemos sido concebidos en la iniquidad. (1) Para adquirir la pureza de corazón la primera cosa necesaria es pues purificarlo por la humildad, por el desapego de sí y de todas las cosas creadas. Comprenden que el corazón no está puro, cuando se ama a Dios con alguna cosa que Dios no ha dicho que amemos. Ahora bien, Dios no nos ha dicho que nos amemos a nosotros

mismos. Al contrario, nos ha dicho categóricamente que nos odiamos, que renunciemos a nosotros mismos: "El que ama su vida, la pierde; el que odia su vida en este mundo, la guardará para la vida eterna". (2)

El odio de sí mismo, el sacrificio de sí mismo es la marca característica de todos los Santos. Pueden verlo en casi todas las lecturas del Oficio: quizá no hay ni uno que no se haya señalado por el odio de sí mismo, "odio sui". Lo mismo pasa con las criaturas; pues alguna vez es con relación a sí misma por lo que se ama a una criatura. Si aman a una criatura como se dice en nuestras Constituciones, porque es la imagen de Dios, si la aman para llevarla a Dios, en el orden de sus votos, de sus reglas, de todas las virtudes, este afecto es bueno. Pero si la aman por sí mismas, por un apego cobarde y muelle, por la necesidad de apegarse, de adherirse, de encontrarse en ella, este afecto no es conforme a la pureza de corazón. Para llegar a la pureza de corazón, hay que quitar de él todo lo que no es para Dios. Por eso San Francisco de Sales decía: "Si viera en mi corazón una sola fibra que no fuera para Dios, la arrancarí, aunque tuviera que sangrar". Y también en este sentido dice Nuestro Señor: "Si, pues, tu mano o tu pie te es ocasión de pecado, córtatelo y arrójalo lejos de ti; más te vale entrar en la Vida manco o cojo que, con las dos manos o los dos pies, ser arrojado en el fuego eterno. Y si tu ojo te es ocasión de pecado, sácatelo y arrójalo de ti, más te vale entrar en la Vida con un solo ojo que, con los dos ojos, ser arrojado en la gehena del fuego".

(3) Y, San Bernardo añade: "Si alguien les es tan querido como su ojo, su pie o su mano, pero son sujeto de escándalo, hay que saber apartarse de él con todo el valor y energía que señala la palabra de Nuestro Señor". Para que el corazón de fruto la primera cosa es pues purificarle de todo vínculo, de toda mancha, de todo pecado, de toda inclinación al pecado, de todo apego desordenado, de todo amor propio, de dar vueltas sobre sí misma. Me dirán quizá, que es muy difícil; y sin embargo, esto que les digo no es propio de religiosas, es una lección de vida cristiana. El Evangelio de los cinco talentos no se propone sólo a los religiosos, sino a todos los cristianos. Lo que acabo de decirles: "Si tu ojo te es ocasión de escándalo, etc.," es para todo el mundo. La pureza de corazón, que no admite el apego al pecado venial, es para todo el mundo, pero quizá no tan absolutamente como a los demás. Es cierto que un cristiano que justo cumple con Pascua, incluso que comulga todos los meses, se abstiene de todo pecado mortal, pero cae habitualmente en pecado venial, se salvará, esto es seguro; pero ¡qué terrible purgatorio tendrá que pasar antes de ir al cielo! Por otra parte, es formalmente cierto, que un cristiano que mantiene sus hábitos veniales y el afecto al pecado venial no está capacitado para la comunión frecuente. Así pues si la pureza de corazón le es necesaria a una religiosa, también le es necesaria a todo cristiano un poco fervoroso que trabaja en su santificación y que desea acercarse frecuentemente a los sacramentos. No hay que decir, Hermanas, que esta condición es demasiado fuerte. Es bien suave, Felices, si haciendo esto, somos dignas de que Nuestro Señor habite en nuestro corazón y en él sienta agrado, como se dice de Santa Gertrudis: (4). ¡Felices, si haciendo esto, podemos preparar a Nuestro Señor un corazón puro y generoso en el que encuentre consuelo y reposo, para compensarle de los templos de donde se le echa, de los sitios donde no recibe homenajes! Digo un corazón puro y generoso; porque el corazón no es puro si no es generoso; y para que un corazón sea generoso, es necesario que responda a toda petición de Dios, a toda adhesión a la gracia, a todo proyecto de perfección. He dicho todo proyecto de perfección; porque hay que saber lo que Dios pide antes de acogerlo, no asombrarse

cuando no se ve; pero cuando se ve, hay que dar a Dios todo lo que pide. Si Dios pide más mortificación, más humildad, más caridad, hay que hacer un esfuerzo para dárselo. Si Dios pide referente al prójimo más aceptación, más paciencia en tal y tal cosa que es la prueba de nuestra vida; si pide más oración, más recogimiento, en fin, tal o tal esfuerzo de virtud, no se le puede rehusar. El corazón generoso es el que da siempre a Dios todo lo que pide, que se sacrifica generosamente, que no rechaza nada. En el mundo ¿se aprecia un corazón que no es generoso? No es pues asombroso que Dios espere de nosotras esta generosidad con la pureza. Y puesto que una Hermana me ha preguntado qué había que hacer para conseguir que su voluntad sea fuerte, diré que es hacer generoso su corazón: es la voluntad y el corazón uniéndose, para dar a Dios en cada instante, en cada hora, todo lo que se le debe dar; es también la conciencia que dice: "He prometido a Dios, le he dado lo que me ha pedido comprometiéndome por los votos a seguir la Regla: ahora quiero dárselo todo con mi fervor. Me mantendré sin cesar allí donde está el honor, allí donde está la nobleza, allí donde está la firmeza. Emplearé todas las potencias de mi alma en servir a Dios con una voluntad generosa y, empezando, por un corazón recto." A la pureza, a la generosidad, yo añadiré la fidelidad. Es una de las cualidades atribuidas a la Santísima Virgen, puesto que la Iglesia la proclama "Virgen fiel". La fidelidad se combina con todo lo que acabo de decir. Es la voluntad firme de dar a Dios todo lo que pide, que hace que la virgen sea muy fiel; y Dios espera de su esposa la fidelidad en todo, la fidelidad en las cosas pequeñas, la fidelidad en las cosas grandes, la fidelidad en este amor tierno, constante que debe tener hacia Nuestro Señor Jesucristo. ¿Por qué he separado un momento el corazón de la voluntad? Porque en el corazón de una virgen hay tesoros de afecto, de ternura, de fidelidad. ¿Por qué todos estos tesoros no serían para Dios? ¿Por qué toda esa ternura, todas esas delicadezas no serían para Dios? Hace poco les hablaba de Santa Gertrudis. Se cuenta en su vida que un día cogió su crucifijo entre las manos y que, quitando los clavos que retenían a Nuestro Señor en la cruz, cubría de lágrimas, de besos y de perfumes todas las llagas del Salvador, curándolas, en cierto modo, antes de colocarlo en la cruz. No se les pide este acto exterior de ternura; pero por lo menos que su corazón se ocupe en consolar a Nuestro Señor con actos de profunda ternura. Adoren sus llagas, sus miembros destrozados, sus manos divinas, sus pies sagrados, Amen a la Santísima Virgen que es su trono, su morada, el único lugar en la tierra en el que Nuestro Señor encontró su verdadero reposo y su verdadero gozo. Todas son capaces de ternura: dirijan esta ternura hacia su Esposo y, al mismo tiempo que se esfuercen en hacer su corazón puro y generoso, hacerle tierno, entregado, vinculado a Nuestro Señor. Remítanle todos los pensamientos, todas las ternuras que puedan tener. Ven que sufre por ustedes, demuéstrenle su amor y su agradecimiento; y si alguna vez les ocurre que tienen ante sus ojos el recuerdo de un gran sufrimiento; si se acuerden de la angustia o de la agonía de una persona que les era querida; si se acuerden de haber visto a una persona pobre, destrozada, desgraciada, unan esos sufrimientos a los de Nuestro Señor: esto les ayudará a tener más caridad, porque verán a Dios en la criatura, y esto también les acercará a Nuestro Señor. Lo verán con sus angustias; se representarán los dolores de su corazón, los dolores de su cuerpo seguirán todos los movimientos dolorosos que debieron producirse en esta agonía de la cruz, la más dolorosa de todas las agonías, puesto que no había nada para suavizarla ni para aliviarla. Esto es lo que he creído que tenía que decirles para comprometerlas en darle a Nuestro Señor el céntuplo que espera de

ustedes. Hay personas que dan el uno por uno: ya es mucho, y Nuestro Señor se contenta con ello; pero, nosotras religiosas, estamos llamadas a algo más, estamos llamadas a dar el treinta por uno y el ciento por uno. Tratemos de dar mucho fruto en un gran amor a Dios y a Nuestro Señor Jesucristo, con una gran pureza, con una gran ternura, con una gran fidelidad, con una gran generosidad. Tratemos de desarrollar en nosotras todas las cualidades de un corazón de virgen, esposa de Jesucristo, con el fin de que el día de las retribuciones eternas, podamos, no sólo dar el uno por uno, que es lo mínimo que hay que dar, sino el treinta y el ciento por uno, si Dios nos da la gracia.

1 Sal. 40, 77

2. Jn. 12, 25.

3 Mt. 18, 8-9.

4 Colecta de la misa de Santa Gertrudis.